

*CONVERSACIÓN CON EL MATADOR  
DE TOROS CURRO ROMERO*



**E**n el número actual de la *Revista de Estudios Taurinos* se han recabado opiniones sobre el estado actual de la fiesta de toros y el difícil trance por el que está pasando en estos momentos, los ataques que recibe desde frentes muy diversos, la desafección de ciertos sectores del público y las posibles propuestas de solución a tan graves problemas. En este contexto, nos ha parecido oportuno contar con la voz autorizada de una figura tan representativa del toreo de nuestro tiempo como es la del diestro Curro Romero, un mito felizmente vivo que ha protagonizado páginas excelsas del arte de torear de la segunda mitad del siglo XX.

Alejado de los ruedos desde aquella tarde de octubre del año 2000 en la que toreó por última vez en la modesta plaza de La Algaba con cerca de 67 años y casi 900 corridas a sus espaldas, el torero de Camas vive hoy sosegadamente en Sevilla en medio del reconocimiento público y del respeto y el cariño de sus numerosos admiradores. Éstos siguen viendo en él no sólo a la gran figura de época que sin duda ha sido –uno de los matadores de toros de mayor impacto artístico y emocional de toda la historia de la tauromaquia– y que tanto hizo disfrutar a los buenos aficionados, sino también al hombre sencillo, humano,

---

\* Entrevista realizada por Fátima Halcón y Rogelio Reyes en Sevilla el pasado día 15 de febrero de 2017.

servicial y de trato afable que no presume de nada y que desde el primer momento se mostró receptivo a nuestra solicitud. Todo un ejemplo de modestia y bonhomía, de saber estar tanto en la lidia como en la vida, poniendo, como sin darle importancia, su enorme sapiencia taurina y su gran lucidez mental al alcance de todos cuantos nos sentimos concernidos por la grandeza espiritual y estética del arte de torear.

Retirado desde aquella tarde de la profesión que ha dado sentido a toda su vida, Curro no es en absoluto ajeno a los problemas por los que hoy atraviesa la fiesta, problemas que él sigue con todo interés y hasta con indisimulada pasión, como se desprende de la amabilidad con que nos trató desde el primer momento de nuestro encuentro y el tono cálido y espontáneo con el que gentilmente respondió a nuestras preguntas y terció muy a gusto en nuestras propias opiniones sobre el mundo del toro.

Gracias a ello, esta entrevista “al alimón” discurrió de forma distendida como una agradable conversación en la que los tres interlocutores nos sentimos relajados y desinhibidos, y en la que la sabia palabra del torero fue brotando fluida y natural, confidencial y viva, con ese tono conciso y sentencioso, parco en vocablos pero rico en ideas que suele ser consustancial a las personas de honda vida interior y poco dadas a la palabrería. Curro se nos mostró así cercano y familiar, confanzudo y alegre, satisfecho de poder hablar una vez más de toros sin las trabas habituales de una entrevista convencional. De ahí el valor de lo que el maestro nos fue diciendo aquella tarde del pasado febrero en la que tuvimos el privilegio de oír de sus propios labios juicios, visiones y sobre todo sentimientos que los lectores de esta revista podrán apreciar y disfrutar como un mensaje de autenticidad y de esperanza. Es la voz de alguien que de verdad conoce de primera mano las claves más hondas del arte de torear y guarda los secretos más recónditos de una fiesta única.

\*\*\*

*Maestro, usted que es una persona con tanta experiencia como matador de toros ¿cómo ve el momento actual de la fiesta? ¿Está preocupado por su futuro? ¿Cree que puede tratarse de una crisis pasajera, como tantas veces ha ocurrido en la historia del toreo, o piensa que se trata de algo más serio?*



Fig. n.º 1.- Curro Romero preparado para hacer el paseillo. Apud. Jesús Gordillo, Joaquín (2013): *Currolatría. Historia urdida de un dios menor*, Barcelona, ediciones Bellatera.

La verdad es que esta crisis me parece más grave que otras anteriores porque han cambiado muchas cosas que son esenciales y que no dependen sólo del mundo exterior a la fiesta sino del mismo mundo taurino, de aquellos que vamos en el mismo barco. Empezando por el toro, que en mis tiempos era mejor que el de ahora, tenía más movilidad, antes de que te volvieras ya lo

tenías encima, y eso le daba mucha emoción a la faena. La movilidad del toro es lo que alegra todo. Con un animal parado no hay emoción. El verdadero toro bravo no es el toro grandón; últimamente lo han cambiado de hechura, de tipo. Los toros salen hoy “regordíos”, sobrados de kilos que su constitución no aguanta, y ahora va a ser muy difícil volver a conseguir que se muevan como antes. Y cuando el toro no embiste, no pasa nada en la plaza, que de por sí suelen ser incómodas, y la gente está pendiente de todo menos de la corrida. Ese tipo de toros no facilita el toreo puro.

El público quiere sorpresas, antes las veía y ahora las ve muy pocas veces; la gente no encuentra las cosas que va buscando, y eso hace que muchos aficionados se hayan ido retirando de los tendidos. Antes los toros se alimentaban con habas y garbanzos negros, y ahora con piensos compuestos. No puede ser lo mismo, eso tiene por fuerza que influir en su manera de comportarse en el ruedo. Claro que a los ganaderos les cuesta mucho mantener una ganadería, eso también hay que entenderlo. En cualquier caso, al toro hay que respetarlo mucho, hay que quererlo, porque colabora con los toreros. Recuerdo que antes los conocedores tenían una relación muy estrecha con los toros, estaban siempre pendientes, vivían junto a ellos, los conocían muy bien y los respetaban muchísimo.

También hoy el toreo es más monótono; antes cada toreo tenía su personalidad, y la gente los distinguía muy bien. El público también ha cambiado mucho. En mis tiempos el toreo se vivía más: el día de la corrida se hablaba de toros desde por la mañana, y luego, a la salida, se comentaban las faenas, la gente salía toreando de las plazas. Hoy muchos van a los toros como un espectáculo más, no hay esa emoción y esa entrega que había antes. También había más respeto al torero, porque los buenos aficionados, cuanto más saben, más respetan al que se

pone delante de un toro. Se hablaba mucho de toros en los periódicos, en la radio y en la televisión, había tertulias, más pasión, y hoy apenas si se televisan corridas, y ni siquiera se informa, como no sea para dar alguna noticia desagradable como las cogidas graves.

*¿Qué piensa del ataque a los toros desde el mundo de la política, y especialmente de la prohibición de la fiesta en Cataluña?*

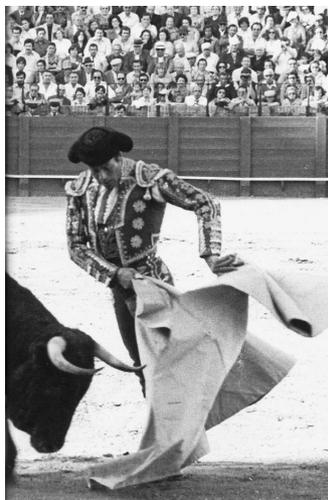


Fig. n.º 2.- *Media Verónica de Curro Romero*. Apud. Jesús Gordillo, Joaquín (2013): *Currolatría. Historia urdida de un dios menor*, Barcelona, ediciones Bellatera.

En ese aspecto hay que recordar que Cataluña fue siempre una tierra donde se daban muchas corridas y había muchas plazas y mucha afición. Pero con la llegada del “boom” turístico, dejaron de poner carteles buenos, las corridas fueron perdiendo interés para los auténticos aficionados, adaptándose a los gustos de los turistas, y por eso la afición se fue poco a poco retirando. Y los políticos han

atacado a la fiesta cuando ya en Cataluña iba poca gente a la plaza, por eso les ha resultado más fácil prohibirla, porque ya no hay una cantidad de público con fuerza suficiente para oponerse a esa medida de aquellos que dicen que los toros son cosas de España y que ellos no se sienten españoles.

*¿Cree usted que la juventud de hoy está poco interesada por los toros?*

Otra de las amenazas para el futuro de la fiesta es la poca gente joven que va a las plazas. No veo chavales en los toros. Buena parte de la juventud se cree todo lo que le dicen los antitaurinos sobre el sufrimiento del toro. Además a lo mejor van un día a la plaza y no tienen la suerte de ver algo grande, que es lo que engancha y hace afición. Los toros son caros, por eso habría que dar facilidades a los muchachos, habilitar un tendido, una grada..., para que puedan asistir y conocer la fiesta por dentro, no por lo que les dicen desde fuera. Cuando yo vivía en la calle San Fernando, algunos muchachos se acercaban a mí pidiéndome un autógrafo para su padre o para su abuelo, pero no para ellos mismos, porque no habían visto nunca una corrida. Eso demuestra que no están familiarizados con la fiesta, y eso es algo que debería arreglarse de alguna manera si queremos que la fiesta no acabe perdiéndose.

*¿Qué opina de la reglamentación de la fiesta, de que esté tan sometida a tantas normas y exigencias formales?*

¡Yo no me he leído ni un reglamento en mi vida! En ese aspecto nos han comido el terreno a los toreros, porque el que sabe es el que se pone delante del toro. A lo mejor, a un toro que no puede ni con el rabo hay que darle por fuerza otro puyazo porque lo manda el reglamento, y eso no tiene sentido. Yo he luchado siempre por que el toreo estuviera en el ministerio de Cultura y no en el del Interior: ¡ni que los toreros fuéramos...!

*¿Qué otros cambios cree que ponen en riesgo el futuro de los toros?*

Ahora apenas si hay subvenciones para fomentar las corridas, los empresarios no tienen dinero o, si lo tienen, no van a ponerlo para perderlo. También ha cambiado mucho la manera de hacerse torero. Antes los chavales no necesitaban, como ahora, disponer de dinero, porque sus padrinos tenían sus “manejitos” y se buscaban el modo de ponerlos en los carteles. Hoy para ser torero hay que tener dinero o que alguien —el padre, un amigo...— lo arriesgue, y eso hace muy difícil que los muchachos puedan seguir ese camino.

*¿Piensa usted que si los toros se “humanizaran” un poco sería más fácil llevar a las gentes a las plazas? Por ejemplo, ¿implantar la corrida sin la muerte del toro, como en Portugal?*

Yo eso no lo sé. A lo mejor la gente nueva, como no habría visto otra cosa, iría a verla, aunque en Portugal, a pesar de que el toro no se mata, la verdad es que tampoco se dan muchas corridas.

*Maestro, ¿por qué es usted torero? (La pregunta la hacemos en presente porque de sobra sabemos que se es torero toda la vida, que una cosa es retirarse de la práctica del toreo y otra muy distinta dejar de sentirse torero, cosa que es imposible).*

Yo fui torero por fatiga, porque era una forma de ayudar en mi casa. No hay toreros millonarios. Mi familia era una familia modesta, sin graves dificultades económicas pero sí con ciertas necesidades, aunque ni mi padre ni mi madre me hablaron nunca de ese problema. Pero yo veía que si me hacía torero podía ayudar a mejorar la situación de mi casa, y por eso me puse a torear. En mi casa siempre ha habido mucho respeto y mis

padres se lo tenían, eso se aprende en las casas y a pesar de tener poco dinero nunca se oyó una voz más alta que otra ni una queja por la situación que teníamos.

*¿Cómo concibe usted el toreo? ¿Qué cosas son para usted las fundamentales en el modo de torear?*

Para hacerme torero yo he bebido en fuentes cristalinas. Coges cosas de aquí y de allí; aprendes toreando pero también escuchando a la gente mayor, que es muy importante. Yo he buscado siempre la pureza, porque la pureza tiene mucha verdad y también mucho riesgo, porque tienes que entregarte, esa entrega tiene mucha exposición. Pero cuando estás a gusto te dejas llevar por los sentimientos, y aunque se corre mucho peligro te olvidas de ti y de todo lo que hay a tu alrededor y sólo estás concentrado en lo que estás haciendo con el toro.

En mi manera de entender el toreo hay cosas para mí fundamentales. Por ejemplo, que al toro se le puede más andándole “palante” que “patrás”, pero también es más arriesgado. Que torear con el capote es lo más difícil; que no es lo mismo hacer un quite por chicuelinas que toreando a la verónica; ni tampoco un quite con la “pata palante” que escondiendo la pierna; que las faenas de capa son hoy demasiado cortas en comparación con las de muleta.

A mí al principio me llamaba la atención esa manera de reaccionar el público con mis buenas faenas. No sabía muy bien qué es lo que estaba pasando, hasta que me di cuenta de que es que la gente veía algo especial en mi toreo, algo que le producía una gran emoción, algo que estaba buscando y que de pronto encontraba. Eso me ha consolado en los momentos malos, cuando pegaba los petardos y la gente se enfadaba conmigo y me decía de todo, y yo me disgustaba mucho, pero después me esperaba y disfrutaba con mi toreo. Un día que yo estaba muy

desanimado porque las cosas habían salido mal, un amigo mío del Puerto de Santa María, pintor, con el que yo tenía mucha relación y cuyo estudio frecuentaba bastante, me dijo: «No te disgustes, Curro, porque la gente no está contra ti, es que quieren verte torear como tú sabes hacerlo, y por eso se enfadan, porque te esperan». Es el misterio del toreo, cosa que es difícil de explicar, porque el toro no habla.



Fig. n.º 3.- Momento de la entrevista de Curro Romero con los autores de la misma.

*¿Encuentra alguna relación entre el toreo y otras formas de expresión artística?*

Sí, sobre todo con el flamenco. El toreo tiene un misterio que se parece mucho al del cante y el baile flamencos, a los que soy muy aficionado. Yo he vivido mucho ese mundo, he sido y soy muy amigo de grandes cantaores y bailaores y he visto romperse las camisas cuando alguien ha cantado o bailado con esa fuerza, con esa emoción que te pone los pelos de punta y que no puede explicarse. Pero eso me ha pasado en las reuniones de

cabales, con poca gente y en un ambiente de respeto. Porque algunas veces he ido a los tablaos y lo he pasado muy mal porque, mientras alguien estaba actuando, el público estaba charlando o comiendo sin respetar lo que se estaba haciendo en el escenario. Todo el que se pone delante del público merece un respeto. Eso es algo fundamental también para un torero. Muchas veces me pregunto por qué un torero da un lance y en la plaza no pasa nada, y va otro y hace lo mismo y la plaza dice ¡Ole! y se viene abajo. Ésa es la pureza. Y el misterio. Lo mismo ocurre cuando un cantaor no despierta emociones y de pronto viene otro, da un ¡Ay! y te levanta de la silla.

*¿Con qué público de los toros se siente más identificado?  
¿Con cuál de ellos sintoniza más?*

La verdad es que en cualquier plaza, cuando ha sido una cosa fuera de lo normal, la faena ha llegado siempre a la gente, porque la gente, cualquiera que sea, capta siempre lo puro, lo que llega hondo. Aunque como plaza de categoría de aficionados la palma se la ha llevado siempre Sevilla. Y en Madrid también aprecian ese toreo puro. Como me dijo una vez Pepe Luís Vázquez cuando todavía estaba en activo: «A Madrid le gustan los toreros que le damos en la yema». Y en México, cuando la gente ve torear así, se vuelven loquitos y no lo olvidan nunca. También está el público francés, algo frío pero que siente mucho respeto por el torero y que hoy nos da lecciones en muchos sentidos. Leen más que nadie sobre toros, se reúnen y discuten, organizan debates...

*¿Ha realizado alguna vez la faena perfecta, esa faena ideal con la que todo torero sueña?*

La verdad es que sí, aunque en muy contadas ocasiones, naturalmente. Y cuando eso sucede, tiene uno sensaciones que

no se pueden explicar: se nota uno el cuerpo ligero, como si flotara y no pesara nada; se olvida uno de uno mismo, deja de oír los ruidos de la plaza, el aliento del público, y se encuentra uno como en un estado que nada tiene que ver con lo que poco antes vivía; nada te importa, nada te preocupa, no piensas en el riesgo, es como estar viviendo una experiencia que está fuera de la realidad.

*¿Echa de menos su vida de matador de toros? ¿Siente nostalgia de aquellos años?*

Sí, claro, aunque yo estuve toreando hasta muy tarde y no sería razonable continuar haciéndolo con mi edad. De hecho yo me retiré en la plaza de La Algaba sin haberlo pensado. Todo fue una cosa muy rápida. Aquella tarde había quedado con Fernández Román en que me llamaría por teléfono después de la corrida para comentarla, y mientras esperaba su llamada, yo no hacía más que pensar en si decirle o no que podía haber tomado la decisión de cortar mi carrera taurina. Le daba vueltas a esta idea pero no sabía si se lo diría o no, porque ni yo mismo estaba seguro. Al final, cuando me llamó, se lo dije y en paz. Así fue mi retirada de los toros.

Por supuesto que me acuerdo mucho de mi profesión y que me gustaría poder seguir ejerciéndola mientras viviera. ¡Qué suerte tiene un pintor o un escritor, que pueden seguir haciendo su oficio hasta cuando quieran, y hacerlo tranquilamente, sin tener que someterse a fiestas ni horarios como en los toros! Eso sí me gustaría mucho, pero en el toreo eso es imposible.

Fátima Halcón

Rogelio Reyes

Fundación de Estudios Taurinos